

portero de barro

eduardo chillida

Un día lluvioso y gris llegué al campo de Atocha. Benito Díaz, entrenador de la Real Sociedad, me convocó para hacerme una prueba de portero, sin más, un día, después de jugar un partido. Así que llegué al viejo campo, vestido de calle y con el atuendo de guardameta bajo el brazo. Cuando quise enfilarse hacia el vestuario, Benito Díaz me dijo que no hacía falta que me cambiase. De repente me encontré bajo los palos, tirándome en el barrizal, mientras varios jugadores disparaban sin parar. Llegué a casa con un aspecto lamentable. Unos días después, Díaz me mandó llamar: «Estás fichado», me dijo. De esta manera empezó todo.

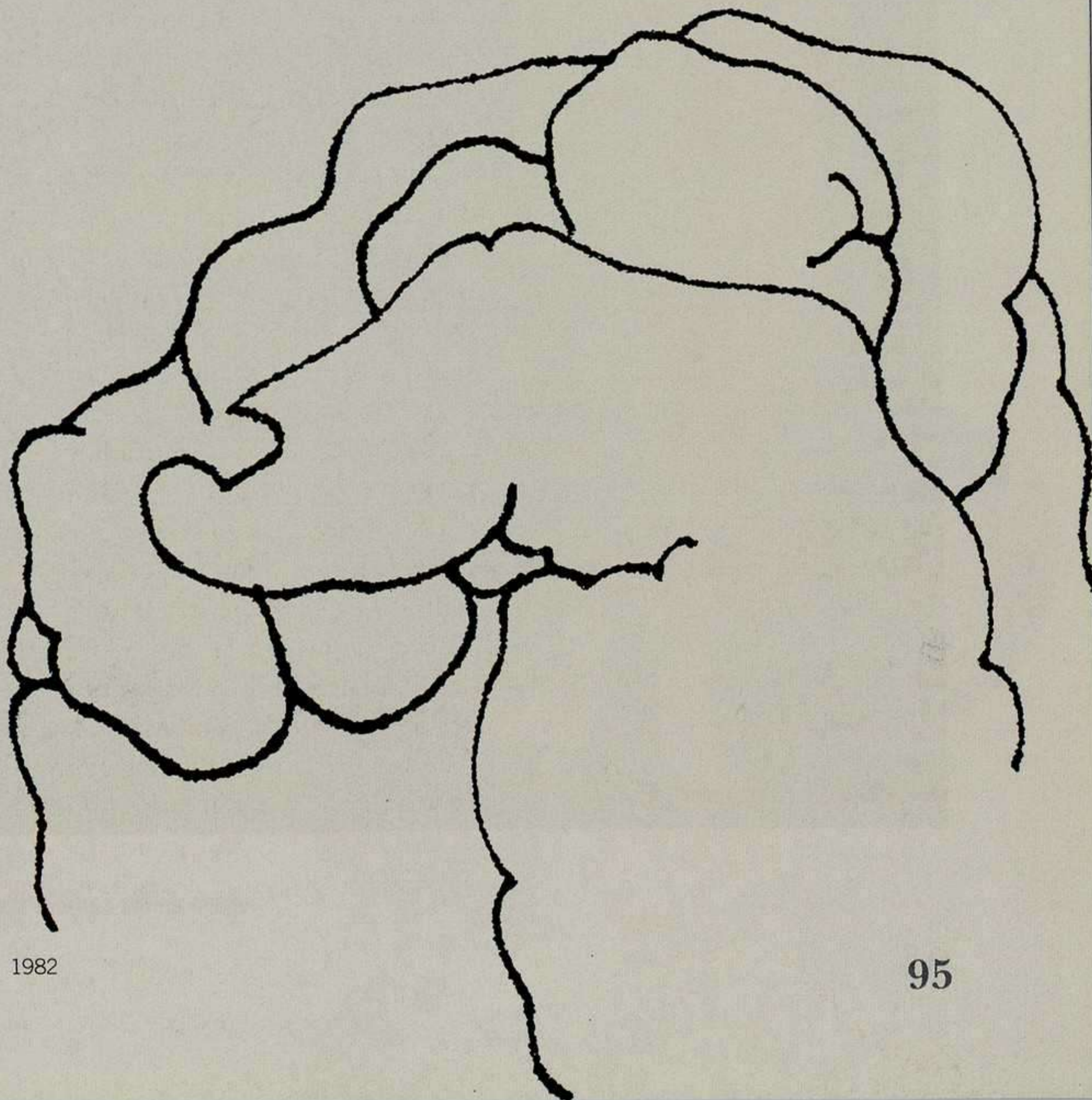
Era el año 1943 y yo no había cumplido todavía los veinte. Era un muchacho larguirucho, que le gustaba jugar al fútbol —que, dicen, no lo hacía mal—, que con sus amigos participó en el campeonato de Guipúzcoa y que alguien se fijó un día en él... En octubre de 1943 estaba en el primer equipo de la Real Sociedad.

No era todavía escultor. Ni sabía cuál iba a ser mi futuro. Pero bajo la portería llegué a sentir cosas que, más tarde, he sentido. Se ha hablado mucho de la soledad del portero, pero eso forma parte de la épica del fútbol, una bella historia hecha todas las tardes, llueva o haga sol, que no se detiene pase lo que pase. Pero yo no me sentía solo. El portero ocupa un lugar especial: entre tres palos, frente a un rectángulo que preside él, bajo las cornisas de un estadio, también rectangular. Son problemas geométricos que notaba día tras día. Esa visión la he tenido haciendo escultura y en ella se ha basado mi trabajo: la de que todos estamos en un punto desde el que contemplamos

el espacio y ve-
mos pasar el tiempo. Incluso
llegué a investigar una forma para parar
los penaltis. En vez de colocarme en el centro
de la portería, como hasta el portero más heterodo-
xo hace, me situaba un poco hacia un lateral, para de-
jar menos hueco y así obligar al futbolista a disparar por
el otro lado, el que yo había elegido para tirarme. No es
poco intuir por dónde van a ir los tiros... Fue una teoría que
no pude llegar a perfeccionar.

En febrero de 1944 tuve una grave lesión que me
obligó a dejar el fútbol. Para mí fue un golpe muy
duro del que me recuperé, aunque desde enton-
ces he tenido la costumbre de no ir a un campo
de fútbol a ver un partido, ni aunque haga
sol. He de confesar algo que muy po-
cos saben: estando ya lesionado,
el Real Madrid me quiso
fichar.

De *ABC literario*, Historias de fútbol





Aurelio Arteta
Idilio en los campos de sport (Pichichi)